

# El voto del miedo

**L**O más importante de todo este tinglado era que estaba roto el consenso. Bueno, pues no está roto el consenso. Anteanoche, terminada la sesión, Suárez y Felipe González, si es verdad lo que se cuenta por los pasillos, decidieron el primer consenso del disconsenso. Parece ser que el acuerdo consistió en dejar de pegarse ante el regocijo público.

Guante blanco. Los delfines Guerra y Arias, sentados, tranquilos. Ahora los dejan callados, como si ellos tuvieran la culpa. ¡Pero si los han azuzado para que mordieran!

Y esto no va sólo por los partidos mayoritarios, sino por todos. La pasada semana coincidieron en la crítica al Gobierno, de forma unánime. Ahora, cuando los ponen a hacer verdad aquellos juicios, el «no» resulta que es un «sí, pero no». Claro que Felipe González se apresuró a tomarles la palabra, y eso era pasarse un poco. No toda crítica al Gobierno debe convertirse en un voto a Felipe González para que ocupe la presidencia. Aunque también es cierto que lo saben; tienen obligación de saberse la Constitución en todas sus disposiciones, sus disparates y sus tretas.

Ahí se han equivocado los socialistas. Un grave error de cálculo. Creyeron que el voto de censura, al suponer una elevación automática de su líder, les favorecía. Muy al contrario. Acabamos de ver cómo en el Parlamento ha terminado por imponerse, lo mismo que en las pasadas elecciones generales, el voto del miedo. Ese, el miedo, ha sido el protagonista de la sesión de ayer.

Felipe González se dio cuenta, mediada la sesión, y pidió la palabra para echarle agua al vino. Sobre todo, para tratar de apagar los rescoldos dejados por lo que Fraga llamó «la declaración de Guerra». ¡Qué error tan enorme, aquel planteamiento inicial! Un error que va a ser muy difícil corregir, porque nadie ignora que el socialismo es también eso, ese tono de amenaza, ese planteamiento de depuraciones y de persecuciones.

El panorama desolador de que había que elegir entre la corrupción y el revanchismo fue lo que unos y otros intentaron anular en la sesión de ayer. Me temo que no lo hayan conseguido. ¿Cómo vamos a olvidar que todo, hasta ahora, se ha hecho por consenso? Tanto la corrupción como el revanchismo, señorías. Pero hace falta estar sordo y ciego para que el compromiso de comportarse como personas cuando estén cara al televisor, haga olvidar que el consenso vuelve. No queda otro remedio, no pueden dar un paso los unos sin los otros.

Esa era la razón suprema del discurso de Fraga, al reclamar una mayoría fuerte en el poder. Sólo que ¿dónde está esa mayoría? ¿En las huestes de Fraga?

Pues bien, o una mayoría fuerte que no es posible, que no existe, o consenso. De ello se dieron cuenta, al final de la borrasca de anteayer, Suárez y González. Están condenados a entenderse, como los matrimonios en que marido y mujer siguen necesiándose, pero no se aman.

La palabra «coherencia» estuvo a punto de terminar con este primer consenso de buenas maneras. No se daba cuenta el ministro Gamir de lo que estaba haciendo al dejarla caer sobre los socialistas. El socialismo se presenta a sí mismo como la suprema coherencia, como la coherencia químicamente, científicamente pura. Es sabio el refrán: «Dime de qué presumés y te diré de qué careces.» No vuelva a hacer una cosa así señor Gamir, para que tengamos el consenso en paz.

Joaquín  
AGUIRRE BELLVER